

RAFAEL SERRANO GARCÍA: *Fernando de Castro (1814-1874). Un obrero de la Humanidad*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, Valladolid, 2010, 508 págs.

La figura del religioso leonés Fernando de Castro no es desconocida para la historiografía del liberalismo español. Como reconoce Rafael Serrano en su prólogo, otros tres autores lo han precedido en estudiar a este polifacético sacerdote. Algo tendrá de especial, pues, este hombre amén de haber sido adalid de la tolerancia en tiempos intransigentes; y no poco este trabajo para que en 2011 fuera nominado para el Premio Nacional de Historia.

Con sentido práctico, Serrano divide el libro en cinco capítulos que corresponden a las cuatro etapas en la vida de Castro, separados en pares mediante uno intermedio dedicado en exclusiva a su obra historiográfica. El índice resulta así un esquema de la trayectoria personal y profesional del sacerdote, con un práctico valor propedéutico, y despierta nuestro interés: ¿cómo llegó este franciscano de Sahagún a rector de la Universidad de Madrid?, ¿qué lo convirtió de capellán de Isabel II en senador radical durante el Sexenio Democrático?

Huérfano temprano de una modesta familia de la baja nobleza campesina, por estrategia de supervivencia fue encarrilado desde niño hacia los franciscanos, cuyo mensaje de caridad fraternal e igualatoria cimentó sus exigencias morales; su personalidad inquieta se encargaría de responder a las intelectuales. Debido a ellas, la exclaustación de 1836, que lo llevaría a León un año después como profesor del Seminario, no lo volvió ultramontano sino que lo acercó al liberalismo, una vez convencido de la irreversibilidad del cambio político experimentado por España. Su fin, conseguir que el cristianismo tuviera un puesto señero en el nuevo sistema y la Iglesia, un papel civilizador activo (p. 70). Su medio, la enseñanza como educación moralizadora. Esta idea, importante para los liberales, sería después esencial para los krausistas, con una dimensión de tolerancia y laicismo que Serrano nos irá detallando en sus múltiples implicaciones y nos desvela como eje del pensamiento castriño y, por ende, de toda esta investigación.

El autor describe con maestría el hirviente ambiente liberal en provincias por entonces, que marcó profundamente a Castro: el resurgir del asociacionismo de raíz ilustrada, la preocupación por el patrimonio artístico, el aprecio de una oratoria en la que descollaría pronto nuestro personaje, la todavía tímida intervención pública de las «damas» por cuya instrucción tanto se preocuparía años después, y el denso tejido de tratos interpersonales que los arropaba. El contraste con la entrópica mezquindad de la corte isabelina nos resulta aún más chocante cuando escuchamos al sacerdote filoprogresista, ahora y ya de por vida residente en Madrid, amoldarse en sus sermones al moderantismo y a la ortodoxia católica con una en él retrógrada «concepción tutelar» de las elites (p. 114).

Serrano no se limita a explicarlo como un mero afán de medro: acomodarse en las clases de Instituto y su puesto honorario en palacio. Además de sus

circunstancias privadas, rastrea todo posible influjo ideológico en él, complejo ejercicio que irá ganando peso según avance la obra hasta superar en trascendencia al relato biográfico. Establece como punto de inflexión en el pensamiento de Castro, por fin catedrático en la Universidad Central madrileña, el haber contactado hacia 1854, cuando sufría una «fuerte angustia religiosa en su búsqueda de una relación personal con la divinidad y el mundo», con su profesor de Filosofía y luego amigo Julián Sanz del Río, el catalizador del krausismo (p. 128). Remarca como germen de sus nuevas formulaciones de este tipo los viajes al extranjero, valiosísimos para la intelectualidad ochocentista española frente al páramo cultural que mantenían los poderes fácticos, y que Sanz debió de aconsejarle para que observara la convivencia pacífica de credos, y sus conflictos internos hallaran así paz. Gracias a ello experimentaría una doble evolución, regresando al catolicismo liberal para terminar superándolo y optando sin ambages por un compromiso social y científico con el reformismo en pro de toda la ciudadanía, con especial atención a sus grupos más desfavorecidos.

Comienzan aquí unas densas páginas de análisis doctrinal, justificadas como propedéutica para los siguientes tres capítulos. Habida cuenta de que quien las lea podría no ser especialista, habríamos agradecido una presentación somera del pensador alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832) y una sistematización de los conceptos krausistas básicos, por más que las reiteraciones de ideas terminen por inculcarnoslos. Serrano se esfuerza por hacernos aprehensibles las consecuencias epistemológicas del panenteísmo, según el cual Dios incluye el universo finito, con el que, sin embargo, no se identifica. Su interpretación hispana facilitaba la «reintimación» en la deidad (p. 139) mediante una fe de carácter racional, conciliable con los avances científicos y materiales debidos a la acción humana, que en el segundo tercio del XIX parecían no tener límite (p. 144). Las preocupaciones docentes de Castro sintonizarían enseguida con la defensa de la libertad de enseñanza, la autorregulación ideológica, el antidogmatismo, la secularización y el empirismo; las solidarias, con el afirmar la espiritualidad como coadyuvante de un perfeccionamiento individual destinado a mejorar el mundo.

Esas reflexiones son la ilación del minucioso capítulo tercero, dedicado a desentrañar la «historia filosófica», que no filosofía de la Historia (p. 218), elaborada por Castro. El cargado bagaje científico de su biógrafo detecta en ella la influencia de una llamativa colección de intelectuales europeos (en esp., p. 297-ss); aplicarlas con originalidad sería su gran virtud. Si «la humanidad es la ley de unidad en la historia» (cit. en p. 227), esta sería el recorrido de aquella desde su procedencia en Dios hasta su unidad en Él por sucesión de síntesis gradualmente perfeccionadas, según el organicismo krausista. En lo concreto, Castro escribía desde un nacionalismo presentista teñido de inquietud ante el rol de la Iglesia española. Así lo prueba su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia en 1866: su identificación de cuatro tipos de unidad en la Iglesia

española —de fe, de disciplina, de vida y costumbres, y de relaciones con el Estado— resultó un revulsivo en la institución (cf. p. 284).

Estamos ya en situación de abordar la que de hecho es última parte del volumen, ambientada en el Sexenio Democrático. Serrano, innegablemente a gusto, la basa en una espléndida síntesis sobre el significado de este realizada desde una perspectiva interna, que realza de nuevo las relaciones interpersonales como cohesionadoras de la praxis política. En ese compendio interpretativo el biógrafo irá imbricando la cascada de cargos y logros de nuestro personaje: rector y reformador de la Universidad de Madrid, vicepresidente cuarto del Senado, presidente de la Sociedad Abolicionista española y de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer por él entonces fundada, impulsor de la Escuela de Institutrices y de numerosas iniciativas de extensión universitaria.

No nos extenderemos en ellas pues bien lo hace Serrano, y con amenidad. Resaltaremos tan solo sus líneas maestras en dos esferas sustanciales para la aguda percepción de Castro. En la Facultad, la intercomunicación científica con centros ibéricos —el iberismo no entrópico fue una constante en el leonés— y del resto de Europa; con el alumnado, la libertad de conciencia y la introspección para descubrir la verdad, netamente krausistas. Su manifestación hacia el exterior sería el voluntariado dirigido a la instrucción obrera, infantil (sobrecogen los incentivos a que hubo de recurrir) y femenina en un Madrid analfabeto y de tremendas desigualdades que viene a resultar paradigma de la situación social española. De cara a la mujer, se atisba la inspiración fröbeliana en el deseo de ilustrarla como educadora de los protagonistas —hombres— del mañana; recordemos que nadie planteaba la igualdad absoluta. No obstante, Castro potenció el dignificar a las no casadas mediante el conocimiento para que accediesen a mejores profesiones, lo cual era innovador en aquellos momentos.

La prolija, lenta y hasta soterrada construcción de una cosmovisión cuyos componentes el biógrafo nos ha ido elucidando adquiere ahora su verdadero sentido. Había llegado el momento de que fuese aplicada a la regeneración del país con plena libertad y Castro, consciente de que el tiempo político y el personal corrían en su contra, se aplicó a movilizar ilusiones para ello con una energía sorprendente. Asistimos a una eclosión de iniciativas sociales y educadoras, vibrante de ilusión y fuerza; y, pronto, al cansancio, a las presiones de los grupos retardatarios recalcitantes sobre los nuevos gobernantes y a la consiguiente intranquilidad pública e interna en estos. Serrano desentierra con precisión los motivos del profundo desasosiego que la actuación directa provocó en nuestro sacerdote, alejándolo para siempre del catolicismo romanista hacia originales convicciones religiosas (p. 469-ss). Su presumible matrimonio secreto tardío, su helador entierro civil y la sinceridad de la *Memoria testamentaria* del leonés compondrían el último acto de valentía de quien en ese XIX predominantemente clasista e insolidario asumió «la defensa de los débiles, por sí misma, sin esperar nada a cambio, tampoco una recompensa en otra vida» (p. 477).

Queda a discreción nuestra comprender su dimensión moral y humana y asumir sus consecuencias.

Concluida la lectura, nos queda solo un punto por elucidar: la propia Fundación Fernando de Castro. Es citada en nota como depositaria de documentos sin que nada se nos explique sobre su labor actual. Nuestra curiosidad aumenta cuando navegamos por su web, un tanto lacónica (<http://www.fernandodecastro.org/index.html>, última consulta: 27-V-2012), y descubrimos que estuvieron relacionadas con ella, o con las actividades de que se dice heredera, personas tan dispares como Fernando Lázaro Carreter, Antonio Gala, Niceto Alcalá-Zamora o la reina María Cristina. Son otra historia, cierto; sin embargo, un simple apéndice descriptivo habría bastado para acrecentar la significación social e intelectual que ha alcanzado nuestro sahadunense hasta la actualidad.

El texto ha sido publicado con su aparato crítico íntegro: notas al pie abundantes, concisas y en buena parte aclaratorias; una completa relación de fuentes manuscritas e impresas, reflejo del fraccionado puzzle documental que Serrano ha tenido que montar para ofrecernos un relato corrido coherente; y veintiuna páginas de bibliografía específica, toda ella utilizada de veras y con pertinencia, que en lo que respecta a las obras de Castro se convierte en una recopilación exhaustiva y en conjunto es una lista de referencia sobre su época. Esa precisión metodológica hace olvidar unas cuantas —pocas— erratas de bulto en el libro, tal vez debidas a la premura por entrar en prensa; o la ya desusada colocación del índice al final del volumen. Que nos hayamos fijado en tales detalles prueba cuán difícil nos ha sido ejercer la abogacía del diablo frente a esta obra. Y es que Serrano se gana, a su vez, la empatía de quien le lee con su clara sencillez, con una meticulosidad en los antípodas del tedio y la pedantería, con el saber pulsar cuerdas temáticas de ayer que resuenen en los problemas de hoy. Una lección de buen oficio que al cerrar el libro nos hace sentir que hemos vivido bien el tiempo que le hemos dedicado, y que lo aprendido puede iluminarnos en nuestro caminar intelectual y cotidiano a través de estos días oscuros.

*Enriqueta Sesmero Cutanda,*

Universidad Nacional de Educación a Distancia-Bizkaia